Psicoanálisis y feminismo. La producción de sujetos sexuados

Psychoanalysis and feminism. The production of sexed subjects

William Felipe Guerrero Salazar*

Fecha de recepción: 02 de marzo de 2025
Fecha de aprobación:20 de mayo de 2025
Fecha de publicación: 30 de junio de 2025

DOI: https://doi.org/10.18041/

Citar como: Guerrero, W. F. (2025). Psicoanálisis y feminismo. La producción de sujetos sexuados, *Sin Fundamento,* 33, 40-55. https://doi.org/10.18041/1900-0642/

Esta obra está bajo una licencia internacional Creative Commons Atribución-NoComercial-SinDerivadas 4.0

Resumen

Este artículo examina la posibilidad de establecer un vínculo teórico entre el psicoanálisis freudiano y la teoría crítica feminista. A partir de una relectura de conceptos fundamentales como el «complejo de Edipo», la «envidia del pene» y la «castración» —nociones clave en la constitución sexuada del sujeto—, se argumenta que el psicoanálisis no debe considerarse un adversario del pensamiento feminista, sino un aliado potencial en la crítica a la cultura patriarcal. El objetivo es demostrar que el análisis psicoanalítico de la subjetivación sexual puede enriquecer las estrategias feministas orientadas a desestabilizar los fundamentos simbólicos del orden patriarcal.

Palabras clave: complejo de Edipo; castración; identificación; cultura; envidia del pene.

* Doctor en Derecho de la Universidad de los Andes, Colombia. Profesor e investigador de la Universidad Libre, Colombia. ORCID: https://orcid.org/0000-0002-0541-8137 Correo electrónico: williamf.guerreros@unilibre.edu.co

Abstract

This article examines the possibility of establishing a theoretical link between Freudian psychoanalysis and critical feminist theory. Based on a rereading of fundamental concepts such as the "Oedipus complex," "penis envy," and "castration" —key notions in the sexed constitution of the subject— it argues that psychoanalysis should not be regarded as an adversary of feminist thought but as a potential ally in the critique of patriarchal culture. The aim is to demonstrate that the psychoanalytic analysis of sexual subjectivation can enrich feminist strategies aimed at destabilizing the symbolic foundations of patriarchal order.

Keywords: Oedipus complex; penis envy; castration; culture; identification.

1. Introducción

El psicoanálisis, en tanto teoría de la subjetividad humana, ha sido uno de los protagonistas dentro de los debates feministas que se desarrollaron a lo largo del siglo pasado. La razón radica en que, al tener como objeto central el cuerpo y la sexualidad, plantea problemáticas afines a las abordadas por la teoría y crítica feminista. Esto ha hecho que el psicoanálisis "haya tenido una gran influencia en la teoría feminista de los movimientos de mujeres europeos y estadounidenses de la «segunda ola»" (Ferguson, 2003, p.164).

Dicha influencia ha sido, por una parte, negativa y, por otra, positiva. Como señala acertadamente Julieth Mitchell (1975), una gran parte de los movimientos feministas han identificado a Freud como un adversario, pues "sostienen que el psicoanálisis afirma que la mujer es inferior y que ellas solo pueden lograr la verdadera feminidad como esposas y madres" (p. XIII)[1] . Desde esta perspectiva, el psicoanálisis se entiende como un enemigo al que hay que enfrentar, en la medida en que reproduce los principios androcéntricos y patriarcales que el movimiento feminista trata de combatir.

Por otro lado, existe una cierta recepción positiva del psicoanálisis dentro de los debates feministas que sostiene que este no debe ser considerado un enemigo, sino un aliado en las reivindicaciones y luchas del movimiento feminista. Autoras como Julieth Mitchell (1975), Gayle Rubin (1975), Nancy Chodorow (1989) y Sarah Kofman (1997), entre otras, han centrado gran parte de su trabajo en reinterpretar y revisar ciertos postulados del psicoanálisis freudiano, con el objetivo de incorporar las reflexiones psicoanalíticas al campo de la teoría feminista. Esto implica, de manera particular, apoyarse en desarrollos e interpretaciones posteriores del psicoanálisis, como las realizadas por el psicoanalista francés Jacques Lacan (2013).

[1]La traducción de los textos que no están en castellano es de mi autoría.

Sin embargo, conviene subrayar que esta articulación no supone una relación armónica o exenta de tensiones entre la teoría y la práctica feminista y el psicoanálisis. Por el contrario, los puntos de fricción se profundizan en la medida en que el psicoanálisis se aborda desde una perspectiva feminista y, de manera análoga, cuando el feminismo se examina desde el marco psicoanalítico.

Frente a estas dos influencias del psicoanálisis en la teoría y la práctica feminista, se abren al menos, dos vías de análisis para comprender las relaciones y tensiones entre ambas corrientes del pensamiento occidental. La primera consiste en releer y analizar las formas en las que las críticas feministas interpretaron los postulados del psicoanálisis. Esto implica reconocer que, en muchas ocasiones, dichas lecturas feministas se han concentrado, en aspectos aislados de la teoría psicoanalítica freudiana o en interpretaciones discutibles de Freud realizadas por personas cercanas al círculo psicoanalítico. Como advierte Mitchell (1975), en Psychoanalysis and Feminism, esto se traduce a centrarse únicamente en "específicas referencias de Freud sobre la mujer" (p. 304). El resultado de esta vía sería mostrar las tensiones existentes entre el psicoanálisis y la teoría feminista que se presentan al momento de leer, de manera aislada, ciertas afirmaciones sobre la mujer realizadas por Freud, a la vez de pasar por alto los matices que el propio psicoanalista introdujo a lo largo de sus textos sobre la sexualidad y la relación sexual[2].

La segunda vía, por el contrario, se orienta a comprender cómo los postulados psicoanalíticos relativos al establecimiento de la diferencia sexual en los individuos pueden contribuir al abordaje de problemas específicos del feminismo. La exigencia de esta vía recae en leer atentamente los fundamentos freudianos y entender los caminos que abren, sin dejar de lado las críticas que se le podría realizar a este, acentuando sus límites y tensiones. De esta manera, se llegaría a entender cómo el psicoanálisis puede ayudar a dar sustento y profundidad a la teoría y crítica llamada feminista. Lo anterior solo es posible en la medida en que se corrijan, para utilizar una palabra común en el ámbito de las discusiones psicoanalíticas, algunas afirmaciones e ideas propuestas por Freud.

Justamente, esta segunda vía es la que se recorre, desde un ángulo específico, en el presente trabajo. A partir de los postulados sobre la castración y la envidia del pene propuestas por Freud, se sostendrá que el feminismo y el psicoanálisis freudiano-lacaniano se inscribe dentro de ciertas preocupaciones y problemas abordados por la teoría y la crítica feminista. Con lo anterior se quiere subrayar

[2]Esta vía de análisis es desarrollada en el texto referido de Mitchell quien, a partir de una relectura específica y matizada del complejo de Edipo propuesto por Freud, sostiene que ciertas lecturas feministas "tratan de discutir el concepto freudiano de feminidad por fuera del marco del psicoanálisis" (Mitchell, 1975, p.304). De la misma manera, el texto de Sarah Kofman, El enigma de la mujer, a partir de una discusión en torno a la lectura realizada por Luce Irigaray en su célebre libro El speculum de la otra mujer, afirma que el psicoanálisis freudiano es un aliado en la lucha feminista si se enfatiza y lee apropiadamente la tesis de la bisexualidad.

el hecho de que la teoría psicoanalítica ayuda a abordar el problema del género y de subordinación sexual desde un terreno bastante fértil para las teorías feministas. Así las cosas, el feminismo no debe ver en el psicoanálisis un enemigo irreconciliable sino un aliado estratégico que enriquece sus propias luchas y apuestas.

Para lograr este cometido, es necesario, en primer lugar, establecer los puntos de encuentro entre el feminismo y el psicoanálisis. Esto es relevante puesto que permite radicalizar las tensiones, divergencias y similitudes que se pueden desprender entre el feminismo y el psicoanálisis. Se podría entonces decir que existen tres puntos de encuentro fundamentales:

1. El feminismo y el psicoanálisis comparten un mismo punto de partida. Como lo señala Firestone (1972), el psicoanálisis freudiano se desarrolla en la misma época de la primera ola feminista, época atisbada por "una cantidad enorme de ideas concernientes a la sexualidad, el matrimonio, la familia y los roles de las mujeres", en donde el psicoanálisis propuesto por Freud "fue solo uno de los productos culturales de dicha fermentación" (Firestone, 1993, p.41). De esta manera, el feminismo y el psicoanálisis se originaron como reacción cultural a los postulados de la ideología victoriana, caracterizada por el privilegio de la familia y la represión sexual defendida en aras de la reproducción de la especie humana.

2. Dado lo anterior, **feminismo y psicoanálisis se alimentan de problemas semejantes**. Uno de los grandes éxitos de la teoría psicoanalítica freudiana es que redescubrió la sexualidad. "Freud vio la sexualidad como la fuerza primaria de la vida; el modo en que dicha libido se organizaba en el niño determinando la psicología del sujeto" (Firestone, 1972, p.45). Para el feminismo, de manera análoga, la sexualidad femenina es fundamental que se aborda desde varios contextos. De esta manera, la teoría feminista busca reflexionar sobre la sexualidad de las mujeres y las consecuencias que acarrea, dentro de la sociedad, establecer los roles sexuales —producción de sujetos sexuados, para decirlo, en una palabra— a partir de dicha noción de sexualidad. Desde esta perspectiva, el psicoanálisis no se encuentra tan alejado de los objetivos del feminismo.

3. Por último, **tanto el feminismo como el psicoanálisis "se sitúan en la dimensión del pensamiento crítico"** (Flax, 1995, p.7). Esto implica un punto de encuentro fundamental para los propósitos de este trabajo, a saber, que tanto el psicoanálisis como ciertas teorías feministas centran sus esfuerzos en poner en duda la supuesta naturalidad del sexo biológico y la sexualidad, presupuesto fundamental que se ha establecido en la cultura occidental y que tiene que ver con las sociedades patriarcales. Esta puesta en duda del «naturalismo» lleva a postular un punto fundamental en donde se encuentran tanto el psicoanálisis como la crítica feminista: el sujeto sexuado no nace sino se construye. Esta sentencia, que recuerda la de Simone de Beauvoir (2017) de que una mujer no nace sino se hace, implica que el objetivo fundamental es develar los mecanismos y el poder, dentro de la sociedad y la cultura, que permiten que los sujetos se identifiquen con un género especifico y, así, se comporten de acuerdo con los roles establecidos para cada uno de los sexos.

A partir de estos tres puntos de encuentro —que constituyen el núcleo fundamental de este trabajo—, es posible abordar de lleno el problema que aquí nos compete. En primer lugar, se reconstruirá la configuración de la feminidad en la teoría psicoanalítica de Freud, haciendo especial énfasis en el problema de la castración y la envidia del pene para fundamentar la diferencia entre los sexos; por último, se buscará sostener, a partir de lo anterior, cómo el psicoanálisis se puede inscribir dentro de la crítica feminista.

Las discusiones feministas con relación al psicoanálisis freudiano surgieron en el mismo seno de la comunidad psicoanalítica, esto a raíz de los artículos que Freud escribió sobre la sexualidad femenina. Karen Horney (1990), Melanie Klein (1973) y Ernest Jones (1998) debatieron sobre el complejo de Edipo, la castración, la envida del pene y la diferencia entre los sexos para corregir algunas posturas, afirmaciones y alcances de la feminidad conceptualizada por Freud. Este debate, que es fundamental para entender varias de las críticas feministas al psicoanálisis freudiano, solo puede ser comprendido adecuadamente teniendo en cuenta ciertas precisiones que el mismo Freud realizó a sus postulaciones sobre la sexualidad femenina.

Cabe señalar, en primer lugar, que el problema de la sexualidad —tanto masculina como femenina— atraviesa diversos momentos de la obra de Freud. Por lo tanto, se hace necesario, al menos para entender adecuadamente los postulados freudianos sobre la configuración sexuada de los sujetos, tener a la vista el desarrollo de la sexualidad del niño en su célebre texto Tres ensayos de teoría sexual. Lo que allí se plantea sobre la pubertad y la diferenciación entre los sexos debe tenerse en cuenta para poder comprender la tesis de la envidia del pene. Justamente, este tercer ensayo sobre la sexualidad comienza con una aclaración fundamental: “Con el advenimiento de la pubertad se producen los cambios que llevan a la vida sexual infantil a su conformación normal definitiva. La pulsión sexual era hasta entonces predominantemente autoerótica; ahora halla al objeto sexual” (Freud, 2015, p.127). La pubertad comienza a operar a partir de una relación concreta con el objeto, es decir, cuando la pulsión sexual ha elegido a un objeto que no es el cuerpo propio del individuo. Esto, valga la pena subrayarlo, es fundamental para entender el complejo de Edipo, pues este se fundamenta en la elección del primer objeto.

A partir de lo anterior, Freud organiza su análisis del placer y de la teoría de la libido. En esta etapa, la libido establece un objeto a la vez y una meta específica que, en el varón, consiste en “penetrar en una cavidad del cuerpo que excite la zona genital” (Freud, 2015, p.144). Así, el varón encuentra su objeto en el cuerpo de la mujer, y de esta manera la función reproductiva, que se desarrolla en la pubertad, cumple su propósito: la procreación, entendida como la meta normal de la sexualidad.

Esta formulación tiene una consecuencia fundamental, ya que marca una tensión en relación con el desarrollo de la niña. En la pubertad el órgano placentero, que era fundamental en la etapa autoerótica por medio de la masturbación infantil, corresponde con la nueva meta sexual de la reproducción.

De esta manera, el varón no tendrá que renunciar, en ningún momento de su desarrollo, a su miembro viril, en el sentido en que este es el mismo órgano de su atención en la fase masturbatoria que en la pubertad. Algo distinto pasa con el desarrollo sexual de la mujer.

Freud afirma claramente que esta nueva elección y meta de la libido es donde descansa la diferencia entre los sexos, pues esto es la entrada a la organización sexual definitiva y a la etapa fálica. Es así como el padre del psicoanálisis afirma, algo que no se debe perder de vista, lo siguiente: "Puesto que la nueva meta sexual asigna a los dos sexos funciones muy diferentes, su desarrollo sexual se separa mucho de lo sucesivo. El del hombre es el más consecuente, y también el más accesible a nuestra comprensión, mientras que el de la mujer se presenta hasta una suerte de involución" (Freud, 2015, p.127). Estas palabras de Freud requieren hacer tres precisiones para matizar el asunto tratado.

En primer lugar, cabe formular las preguntas de por qué Freud está pensando que la meta sexual de la pubertad es la reproducción ¿Acaso existe un determinismo puritano en el que solo se vea la sexualidad humana en términos de la creación de un individuo? Para responder a este interrogante, conviene recordar que Freud está discutiendo con los científicos de su tiempo que han establecido postulados médicos específicos sobre la sexualidad humana. Justamente, en la introducción a la cuarta edición de sus ensayos, Freud afirma que su trabajo se basa en "la insistencia en la importancia de la vida sexual para todas las actividades humanas y su intento por ampliar el concepto de sexualidad" (Freud, 2015, p. 40). Esto implica, en primer lugar, alejarse de las concepciones biológicas de la sexualidad humana[3] y, en segundo lugar, tomar distancia de sus contemporáneos. Frente a este último aspecto puede citarse el ejemplo paradigmático de Krafft-Ebing (2012) y su texto *Psychopathia sexualis*, referente importante para Freud.

El texto de Krafft-Ebing, que podría considerarse como una defensa acérrima de la moral victoriana de su época, resalta las «bondades» del matrimonio monógamo, el amor como la pasión fundamental de la vida en pareja, la necesidad del vínculo heterosexual, la sexualidad supeditada a la moral, entre otras cosas. Todo lo que se salga de estos esquemas es considerado como patología, como la homosexualidad, el masoquismo, el voyerismo y la poligamia. Krafft-Ebing (2012) comienza su análisis con una premisa fundamental, a saber, que la meta natural y única de la sexualidad humana es la procreación: "La propagación de la especie humana no está supeditado al accidente ni el capricho del individuo, sino que es asegurado por un instinto natural que, con toda la fuerza de poder y de conquista, exige cumplimiento" (p.1). Este instinto natural, de obligatorio cumplimiento para cualquiera que haga parte de la especie humana, está acompañado no solo de un placer físico sino de una «enorme gratificación» por crear un nuevo

[3]En el prólogo a la tercera edición Freud subraya este asunto: "He evitado cuidadosamente introducir expectativas científicas provenientes de la biología sexual general, o de la biología de las diversas especies animales, en el estudio que la técnica del psicoanálisis nos posibilita hacer sobre la función sexual del ser humano" (Freud, 2015, p. 36).

En este sentido, la sexualidad solo es entendible en virtud de esta obligación natural que hace del acto sexual un «acto altruista». Ahora bien, esta es la concepción naturalista que Freud quiera poner en discusión en sus *Tres ensayos*. Si la sexualidad y el placer se manifiestan antes de la pubertad, entonces esto apunta a que la sexualidad no está supeditada a la procreación, sino que va más allá de ella.

En segundo lugar, se debe preguntar: ¿por qué el caso del hombre es más claro y comprensible para el análisis que el de la mujer? Al comienzo del primer ensayo, Freud da la respuesta a esta pregunta:

> La sobreestimación sexual puede estudiarse mejor en el hombre, cuya vida amorosa es la única que se ha hecho asequible a la investigación, mientras que la de la mujer permanece envuelta en una oscuridad todavía impenetrable, en parte a causa de su atrofia cultural, pero en parte también a la reserva y la insinceridad convencionales de las mujeres (Freud, 2015, p.60).

Freud atribuye esta dificultad a dos causas: la atrofia cultural y la insinceridad que rodea a las mujeres. Estas dos causas se implican la una a la otra, pues tienen que ver con la forma cómo la mujer puede acceder o no a la cultura, estableciéndole un rol específico. Si existe una atrofia cultural de lado de la mujer, es porque la cultura y la organización social, como lo llegó a conceptualizar Freud, se enmarca en los términos patriarcales, que establece como fundamento al falo. En los términos del complejo de Edipo, lo que está en juego es el lugar y acceso de los sujetos sexuados a la cultura.

En tercer lugar, surge la pregunta ¿por qué se presenta «una clase de involución» en el desarrollo sexual de la mujer? El complejo de castración representa una involución en el desarrollo de la mujer porque está regida por una represión de su cuerpo para conseguir la «feminidad» que le exige la cultura. En este punto se encuentra el hecho de que, a los ojos de Freud, no exista una equivalencia entre el desarrollo sexual masculino y el femenino[4], pues el camino de la mujer para adquirir su feminidad dentro de la cultura es más penoso y trabajoso que la del niño.

[4]En su texto de 1931, *Sobre la sexualidad femenina*, Freud marca distancia con respecto al «complejo de Electra», término utilizado por Jung, para remarcar esta simetría entre el desarrollo del hombre y de la mujer: "Aquí tenemos la impresión de que nuestros enunciados sobre el complejo de Edipo solo se adecuan en términos estrictos al niño varón, y que acertamos rechazando la designación «complejo de Electra», que pretende destacar la analogía entre la conducta de ambos sexos" (Freud, 2014, p.230). Esta idea del complejo de Electra fue introducido y discutido dentro de ciertas teorías feministas, las cuales cae, por los motivos que estamos exponiendo, en un equívoco. Así, por ejemplo, se debería poner en tela de juicio aquello que Simone de Beauvoir (2017) dice de Freud: "En primer lugar, Freud ha descrito de manera totalmente simétrica la historia de la niña; a continuación, ha dado a la forma femenina del complejo infantil el nombre de complejo de Electra" (p.45).

Es más penosa y complicada "porque comprende dos tareas suplementarias que no tienen equivalente en el varón. La tarea de la niña es tanto más penosa cuanto que el punto de partida no es su constitución anatómica" (Kofman, 1997, p. 149). Estas dos tareas suplementarias, en términos precisos, son (1) la renuncia al clítoris y (2) la doble renuncia a su primer objeto de identificación.

Ambas tareas se derivan de una de las tesis que más incomodidad ha generado dentro de las teorías feministas, dado que establece el privilegio de lo masculino frente a lo femenino:

> Con respecto a las manifestaciones sexuales autoeróticas y masturbatorias, podría formularse esta tesis: la sexualidad de la niña pequeña tiene un carácter enteramente masculino. Más aún: si supiéramos dar un contenido más preciso a los conceptos de «masculino» y «femenino», podría defenderse también el aserto de que la libido es regularmente, y con arreglo a la ley, de naturaleza masculina, ya se presente en el hombre o la mujer, y prescindiendo de que su objeto sea el hombre o la mujer (Freud, 2015, p. 141).

Estas palabras van acompañadas por una aclaración introducida en la edición de 1915, en donde se expresa que los conceptos de «masculino» y «femenino», que la ciencia de su tiempo daba como totalmente claras y evidentes, son en realidad profundamente confusos. Según el análisis de Freud, las definiciones de estos dos conceptos, dada por los científicos sexuales, apuntan en tres direcciones: "Se emplean en el sentido de *actividad y pasividad*, o en sentido biológico, o en sentido sociológico" (Freud, 2015, p.141). Con ello, Freud evidencia que la definición de lo «masculino» y «femenino», dado por la ciencia de su época, confunde tres terrenos distintos. Justamente, este es uno de los aportes fundamentales del análisis freudiano de la sexualidad. Al establecer estas distinciones, Freud realiza una crítica a la definición utilizada por la psicología de su tiempo.

En un pie de página de su famoso ensayo *El malestar en la cultura* aborda este asunto:

> "Cada ser humano muestra mociones pulsionales, necesidades, propiedades, tanto masculinas cuanto femeninas, pero es la anatomía, y no la psicología, la que puede registrar el carácter de lo masculino y femenino. Para la psicología, la oposición sexual se atempera, convirtiéndose en la medida entre actividad y pasividad; y demasiado apresuradamente hacemos coincidir la actividad con lo masculino y la pasividad con lo femenino" (Freud, 2014, p.103).

Para Freud la psicología se apresura en definir la masculinidad y la feminidad a partir de la relación actividad-pasividad[5]. Para el psicoanálisis responder a la pregunta ¿qué es un hombre? y ¿qué es una mujer? es supremamente difícil de contestar, pues todos los individuos están en virtud de satisfacer pulsiones tanto femeninas como masculinas. En este sentido, todo individuo es ya bisexual, pues tiene características de los dos sexos. Ahora bien, y es este el punto fundamental que habría que resaltar, no se plantea la pregunta qué es una mujer o un hombre sino cómo un sujeto, dentro de una cultura determinada, llega a considerarse como mujer o como hombre. Precisamente, el complejo de Edipo y la envidia del pene buscan dar respuesta a dicha pregunta. En los términos que aquí nos interesa, la pregunta sería: ¿cómo la niña llega a ser mujer?

Freud responde esta pregunta a partir de la renuncia al clítoris, renuncia que hace penoso su desarrollo sexual, presentando una cierta clase de involución. En la pubertad, nos dice Freud, la niña debe renunciar a su órgano que en la etapa masturbatoria le daba placer para centrarse en la vagina, siguiendo así con el instinto de reproducción. De esta manera se comienza a estructurar lo que Freud denominó etapa fálica. Es desde ese terreno que Freud asegura: "La pubertad, que en el varón trae aparejado aquel gran empuje de la libido, se caracteriza para la muchacha por una nueva oleada de represión, que afecta justamente la sexualidad del clítoris" (Freud, 2015, p. 143). En la pubertad, la excitación del clítoris debe ceder a la excitación a las partes genésicas. En otras palabras, la niña se ve obligada a "transferir la estimulabilidad erógena del clítoris a la vagina" (Freud, 2015, p.143) en aras de cumplir con las exigencias culturales de la sexualidad establecidas por la moral victoriana. Esta es la ley a la que está supeditada la libido en la cultura, pues hace que la mujer renuncie a cierta parte de su sexualidad y se convierte en hipócrita ante su propio cuerpo para así obedecer los mandatos de la *moral sexual cultural*[6]. Es esto, hay que subrayarlo, lo que nos muestra el análisis de Freud en torno a la sexualidad femenina, al devenir mujer de la niña. De esta manera, la diferencia sexual y la producción de sujetos sexuados son, para decirlo, en una palabra, productos de la cultura (*Kulturarbeit*).

[5]Esta definición de la mujer y el hombre en términos de pasividad-actividad ha llevado a considerar de cierta manera los roles de cada sexo. Si se tiene a la vista los análisis feministas en torno a la división sexual del trabajo, se podría realizar una conexión bastante importante: el hombre es productividad (actividad) y la mujer reproductividad (pasividad). Es decir, esta definición de los sexos a partir de esta dicotomía ha traído consecuencias fundamentales en la organización sexual de la sociedad. Develar esta idea de la pasividad y actividad ayuda a entender cómo se constituye un género por encima del otro, pues el sexo fuerte y predominante será el masculino, por ser actividad, y el sexo débil y subordinado será la mujer, por su pasividad. Así las ideas de Freud, que aquí estamos abordando, ayudan a entender bajo qué postulados operan las sociedades patriarcales.

[6]Freud (2012), En su ensayo de 1908 *La moral sexual "cultural" y la nerviosidad moderna,* vuelve sobre las tensiones entre el desarrollo sexual y la cultura desde una perspectiva, adelantándose al *Malestar en la cultura*, sociológica. Allí se asegura que el avance cultural trae consigo el establecimiento de una moral cultural que repercute de manera particular cómo los individuos se relacionan con su sexualidad.

Lo anterior permite abordar con más herramientas el complejo de Edipo y la envidia del pene, fundamento del desarrollo psicosexual de los individuos, sean estos hombres o mujeres. Para ello se debe volver sobre la 33ª conferencia de introducción al psicoanálisis titulada La feminidad. Lo primero que hay que subrayar es que en este texto Freud no pretende responder a la pregunta qué es la mujer "sino indagar cómo deviene, cómo se desarrolla la mujer del niño de disposición bisexual" (Freud, 2011, p. 108). De esta manera, el asunto radica en la necesidad de develar cómo la niña entra a asumir los roles y funciones culturales de la mujer. Y esto es un trabajo arduo en el sentido en que, si la cultura le exige a la mujer que sea pudorosa y poco sincera con su sexualidad y cuerpo, entonces el problema de análisis sobre la sexualidad femenina reviste de una dificultad particular.

Ahora bien, el punto de inicio para abordar este problema, como los señala Freud, es la diferenciación entre los sexos:

> "Nada sabemos sobre eso, a pesar de que la división en dos sexos es un carácter harto llamativo de la vida orgánica, que las separa tajantemente de la naturaleza inanimada. Entre tanto, tenemos abundante materia de estudio en los individuos humanos que por la posición de genitales femeninos se caracteriza como pertenecientes ese sexo de manera manifiesta o predominante" (Freud, 2011, p.108).

Estas palabras de Freud, como lo señaló Jacques Lacan (2014), deben ser precisadas, pues de aquí solo será posible comprender la resolución del complejo de Edipo en la niña, y con ello su ganancia de la feminidad. Siendo esto así se desprenden dos observaciones que no hay que perder de vista.

La primera observación es que, dentro de la cultura patriarcal, solo existe dos sexos: masculino y femenino. Efectivamente, esto sucede pues son estos dos los sexos que se requieren para la procreación de la especie. En este sentido, si el fin de la sexualidad humana, como lo aseguraban autores como Krafft-Ebing, es la procreación de la especie humana, entonces solo cabe dentro de la cultura la relación entre lo masculino y lo femenino. Ahora bien, aquí recae la paradoja del asunto pues, aunque sean únicamente dos los sexos, no facilita el análisis entender cómo se configuran estos dos como fundamento de la realidad cultural: "En efecto, por curioso retorno, cada vez que tratamos con el número 2, hete aquí el sexo, por lo menos en nuestra mentalidad, entra por una puertita, y tanto más fácilmente cuanto no se sabe nada de él" (Lacan, 2014, p. 204). No se sabe nada del sexo femenino, de esa región oscura que es la feminidad, por eso no se puede responder a la pregunta qué es una mujer. Más bien, lo que el psicoanálisis quiere acentuar es el hecho de que esta dicotomía sexual, crucial para el orden cultural, es que la sexuación de los individuos es un problema fundamental, pues en esto recae el aspecto patriarcal y androcéntrico de la cultura.

La segunda observación es que el interés del psicoanálisis es la identificación del individuo con la categoría de hombre o mujer. La cultura nos dice que quien posea órganos femeninos debe entonces identificarse como mujer y quien tenga órganos masculinos como hombre. Pero es en este punto donde se alza y coge fuerza la crítica psicoanalítica de la identificación sexual, en la medida que surge una pregunta fundamental: ¿Cómo corresponde una diferencia anatómica con una diferenciación psicológica que produzca una identificación particular con alguno de los dos sexos? La respuesta no es nada sencilla pues "el psicoanálisis demuestra que justamente que una identificación con un tipo no es tan fácil. En el conjunto es con gran torpeza como se logra enunciar algo de esto" (Lacan, 2014, p. 204). Lo que nos muestra el psicoanálisis es que una identificación a partir de los órganos genitales no es adecuada, pues el proceso de sexuación es mucho más complejo, en la medida en que se establezca en el psiquismo del individuo.

Es este el problema fundamental, pues como lo afirmó con toda su radicalidad Lacan, "En el psiquismo no hay nada que permita al sujeto situarse como ser macho o ser hembra" (Lacan, 2017, p. 212). De esta manera, la identificación sexual debe buscarse no en el psiquismo sino en la relación del sujeto con la ley, con la cultura, con la autoridad. En el estado preedípitico el sujeto no se ve a sí mismo como perteneciente al grupo de los hombres o de las mujeres. Esto solo sucede en la medida en que entra en relación con el falo, con la autoridad y, por lo tanto, en la entrada a la cultura. Este será el papel del complejo de Edipo, que permitirá a cada uno de los individuos definirse e identificarse con alguno de los sexos.

De esta manera, Freud en su conferencia sobre la feminidad, trata de abordar la diferencia entre los sexos a partir de sus relaciones con el primer objeto sexual, a saber, la madre. De allí que se asegure que la feminidad solo se logrará en la medida en que se resuelva adecuadamente la identificación con ella. Así, lo que se tendría que analizar es la relación madre-hija, tal y como es presentada por Freud en su conferencia. Esta ligazón de la hija a la madre pasa por tres fases determinantes: (1) oral, (2) sádico-anal y (3) fálica. Esta última fase es la crucial, pues en ella la mujer ha de ganar su feminidad, pues en esta se parte de la premisa de que el falo es parte universal de todos los seres humanos. De esta manera, el clítoris en la niña hará el mismo papel que tiene el pene en el varón, pues se establece una cierta equivalencia entre estos dos órganos, ya que es en ellos donde se centran las sensaciones placenteras. No obstante, lo que sucederá en este punto es que en la niña desconocerá su vagina, toda vez que solo le dará atención a su clítoris.

De aquí surge la hostilidad a la madre y la renuncia a ella como primer objeto de amor. Cuando la madre prohíbe el quehacer placentero de los genitales, y esto va para ambos sexos, se agudiza la discordia con la madre, pues es el origen de las negaciones más profunda que debe pasar el sujeto en su desarrollo psicosexual: la frustración de los deseos sexuales. Esta frustración viene a ahondar el hostigamiento hacia la madre que nace, por un lado, por el reproche de la niña a la poca leche materna que recibió de su madre (Freud, 2011, p. 113). y, por otro lado, por haberle puesto más atención

a sus hermanos que a ella (Freud, 2011, p.114). De esta manera, el vínculo madre-hija se desgasta, lo que hace que la niña abandone a la madre como objeto sexual y se concentre en el padre.

En este punto surge el segundo momento de la fase fálica, pues es la comparación que hace el infante con los órganos sexuales de sus hermanos y padres. En el varón, la ausencia de pene de la niña equivale a un hecho de castración. El niño, en este punto, ve que la castración puede darse y, por lo tanto, está el riesgo de perder el órgano en el que se centra su placer. Así las cosas, el niño decide cumplir con los mandatos de la madre que le dice que no debe masturbarse, pues de lo contrario será castigado con la castración. Así las cosas, el niño ha de asumir la ley y la autoridad que proviene de la prohibición materna. Por el lado de la niña, a diferencia, esta se ha de sentir como ya castrada. Este sentimiento la lleva a querer desear, según la visión freudiana, obtener lo que no tiene. Esto es, en pocas palabras, el origen de la envidia-deseo[7] del pene que marca la sexualidad femenina. Este es el momento más difícil que se enfrenta la niña en su devenir sexual, pues implica un gasto de energía enorme. Esta es la razón por la cual Freud (2011) asegura:

> "Que la niña admita el hecho de su falta de pene no quiere decir que se someta sin más a él. Al contrario, se aferra por largo tiempo al deseo de tener algo así, cree en esa posibilidad hasta una edad inverosímilmente tardía […] El análisis puede demostrar que se ha conservado [este deseo] en el inconsciente y ha retenido una considerable investidura energética" (Freud, 2011, p. 116).

Para Freud —y es este el punto en el que se debe interrogar críticamente —, la sexualidad femenina se constituye a partir del deseo inconsciente de poseer un pene. Solo así la mujer cambia su objeto, pues el deseo de obtener un pene será escindido por el deseo de tener un hijo del padre "introduciéndose así en el viraje hacia una feminidad asumida que exija un *cambio de objeto*, reemplazo de la madre […] por el padre; y también un *cambio de zona*, pues deberá abandonar el clítoris y desplazar el papel dominante a la vagina" (Saal, 2005, p. 141). De esta manera, se configura las dos tareas que hacen más penosa el desarrollo psicosexual de la mujer.

Ahora bien, si el falo no se reduce únicamente al órgano masculino, entonces ha de significar la autoridad que tiene otro, un tercero, frente a los deseos y necesidades del niño. Esto quiere decir que la madre es la representación de la autoridad para el infante, en la medida en que ella es la que lo alimenta, lo cuida, se ocupa, en pocas palabras, de él. Es por eso por lo que, la madre es la primera figura de autoridad, pues es quien reorganiza el deseo y placer del infante. Así las cosas, el devenir

[7]La palabra alemana que utiliza Freud es *Penisneid*. La palabra alemana *Neid* tiene un doble sentido que se pierde en la traducción, a saber, tanto envidia como ganas. De esta manera, lo que está en juego no solo es la envidia de la niña hacia aquellos que efectivamente tienen pene sino el deseo de tener uno.

sexual de los individuos debe resultar en, por un lado, el odio hacia la madre, en la medida en que esta ha de establecer la prohibición sobre el propio cuerpo y en la superación del complejo de Edipo con la introyección de la autoridad y prohibición, por el otro.

Llegado a este punto y teniendo presente los planteamientos psicoanalíticos sobre la sexualidad femenina, valdría la pena volver sobre el planteamiento inicial a partir de dos preguntas que sugiere Nancy Chorodow (1989), para concretar lo que aquí se ha expuesto. Se puede cuestionar lo anterior desde un punto de vista feminista preguntando: ¿tiene el psicoanálisis algo que ver con el feminismo, o, al menos, algo significativo que decir con respecto a las mujeres y a su sexualidad? ¿El feminismo puede relacionarse con Freud o con el entendimiento psicoanalítico de la psicología femenina? Efectivamente, la respuesta a estas preguntas sería afirmativa, no obstante, es necesario, para evitar cualquier equívoco, delimitar muy bien qué es lo que se entiende por «feminismo», pues este término no está exento de debates.

> De esta manera, la definición que goza de mayor acogida hoy en día, si bien no está lo suficientemente difundida, es la que considera como "feminista" al conjunto de personas, acciones y teorías que asumen su compromiso político con la idea de que dentro de las sociedades contemporáneas las mujeres son las perdedoras en el juego social, o lo que es lo mismo, al compromiso con la idea de que nuestras sociedades son patriarcales, es decir, aquellas en las que existe una supremacía de lo masculino. (Jaramillo, 2000, p.33)

Esta definición de feminismo permite relacionar de manera específica el psicoanálisis con la crítica feminista. Lo que Freud apuntó sobre el devenir sexual de la mujer no está del todo alejado de ser considerado feminista, pues mostró cómo en la cultura patriarcal, la mujer tiene mucho más que perder que el hombre, al momento de identificarse y asumirse como mujer. Efectivamente, se podría discutir si el psicoanálisis, en su versión freudiana, puede ser o no entendido como un "compromiso político".

Quizá la interpretación más aceptada —y que aquí puede adoptarse— es la de Gayle Rubin (1986) en su ya clásico texto El tráfico de mujeres, en donde afirma que Freud no fue capaz "de ver las implicaciones que su obra es capaz de generar bajo la mirada feminista" (p. 97). Aunque efectivamente ni Freud ni Lacan defendieron abiertamente las luchas feministas, lo que los inscribiría sin ningún problema bajo este rótulo, sus análisis sobre la sexuación, la diferencia y relación sexual y la cultura no se alejan del todo de los objetivos de la crítica feminista. Más aun, los trabajos psicoanalíticos, aunque algunas veces pueden originar críticas particulares, pueden dotar a la crítica feminista con más herramientas para su enfrentamiento contra las sociedades patriarcales. Esto sucede porque entender cómo se constituyen este tipo de culturas, ayuda a conocer mejor los postulados que se quieren atacar.

De la misma manera, desde la crítica feminista defendida, por ejemplo, por Rubin, el psicoanálisis es parte fundamental de esta. Si el objetivo es develar las características de la vida social que lleva a una relación de subordinación entre los sexos, esto se enriquece gracias a los postulados psicoanalíticos. Así, un postulado como el sistema sexo/género, defendido por Rubin (1975), entendido como "el conjunto de disposiciones por las que una sociedad transforma la sexualidad biológica en un producto de la actividad humana" (p.97), solo es posible entenderlo en toda su amplitud por medio del análisis psicoanalítico de la sexualidad y la cultura. Es Freud el primero que defendió que los sujetos sexuados son productos de la sociedad, productos de la actividad humana para satisfacer ciertas necesidades e ideales culturales. Y es ahí donde reside el problema del predominio de lo masculino frente a lo femenino.

De esta manera, a la pregunta de qué tiene que ver el psicoanálisis con la crítica feminista, la respuesta es que el psicoanálisis puede proveerle una mejor comprensión de los problemas fundamentales a los que la crítica feminista se enfrenta. Esto implica pensar al psicoanálisis no como un enemigo que reproduce los esquemas patriarcales y androcéntricos, sino como una comprensión profunda de dichos esquemas. Así, solo entendiendo a cabalidad al enemigo que se desea atacar, la desigualdad sexual patriarcal como producto cultural, se pueden pensar nuevas formas de luchas y de cambios, esencia fundamental de la crítica feminista. Por esta razón, la afirmación de Michell (1975), de que "el feminismo pierde mucho si niega al psicoanálisis" (p. XIII), pues tanto feminismo como psicoanálisis tiene un deseo común: describir y entender la sociedad patriarcal en la que vivimos.

Referencias Bibliográficas

Chodorow, N. (1989). *Feminism and Psychoanalytic Theory.* Yale University Press.

De Beauvoir, S. (2017). *El segundo sexo* (J. García, Trad.). Editorial Nomos.

Ferguson, A. (2003). *Psicoanálisis y feminismo*. *Anuario de Psicología*, 32(2), 153–176.

Firestone, S. (1993). *The dialectic of sex: The case of feminism*. Farrar, Straus and Giroux.

Flax, J (1995). *Psicoanálisis y feminismo. Pensamientos fragmentarios* (C. Martínez, Trad.). Cátedra.

Freud, S. (2011). *Obras completas*, *Tomo XXII. Nuevas conferencias de introducción al psicoanálisis* (J.L. Etcheverry, Trad.). Amorrortu.

Freud, S. (2014). *Obras completas, Tomo XXI. El porvenir de una ilusión. El malestar en la cultura* (pp.223-244) (J.L. Etcheverry, Trad.). Amorrortu.

Freud, S. (2015). *Tres ensayos sobre teoría sexual* (J.L. Etcheverry, Trad.). Amorrortu.

Horney, K. (1990) *Psicología femenina* (M.L. Balseiro, trad.). Alianza.

Jaramillo, I. (2000). *La crítica feminista al derecho*. En R. West, *Género y teoría del derecho* (pp. 25–66). Siglo del Hombre Editores.

Jones, E. (1998). La sexualidad femenina temprana. *Colección Diva (3)*. Disponible en http://www.silviaelenatendlarz.com/Coleccion-Diva/Fasciculos/Fasciculos_03.pdf

Klein, M. (1973). *Early stages of the Oedipus complex*. En *Contributions to psychoanalysis* (pp. 204–214). Hogarth Press.

Kofman, S. (1997). *El enigma de la mujer: ¿Con Freud o contra Freud?* (E. Ocampo, Trad.). Gedisa

Krafft-Ebing, R. (2012). *Psychopathia sexualis*. Forgotten Books.

Lacan, J. (2013). *Seminario 5. Las formaciones del inconsciente* (E. Berenguer, Trad.). Paidós.

Lacan, J. (2014). *Seminario 16. De otro al otro* (N. González, Trad.). Paidós.

Lacan, J. (2017). *Seminario 11. Los cuatro conceptos fundamentales del psicoanálisis* (J. Delmont & J. Sucre, Trads.) Paidós.

Mitchell, J. (1975). *Psychoanalysis and Feminism. Freud, Reich, Laing and Women*. Pantheon Books.

Rubin, G. (1986). El tráfico de mujeres: notas sobre la "economía política" del sexo. *Revista Nueva Antropología*

Saal, F. (2005) Algunas consecuencias políticas de la diferencia psíquica de los sexos. En: N. Braunstein (Ed.) *A medio siglo de El malestar de la cultura de Freud* (pp.137-168). Siglo XXI Editores.